

que lo espera junto al fogón. Se ha ido. También el niño y su llanto. Queda la cocina empolvada con telarañas en los rincones y el rumor del viento entrando por la puerta. Todo se desvanece, piensa. Contempla la penumbra en torno suyo: las sombras se deslizan en el aire, se apretujan entre roces unas a otras para luego dispersarse. Por momentos cree reconocer a una vieja con la cabeza cubierta y gacha que cruza la calle sin ruido. No es nada. La ha imaginado, como a todos los demás.

Seca el sudor de las manos en las perneras del pantalón. Si pudiera beber un trago. Todo sería más soportable sin la sed. Lo dijo la muchacha. Pero, ¿qué muchacha? No era real. Ninguno de ellos. Sólo siluetas y murmullos. Con las manos ya secas se talla la piel de la cara. Los cañones de su barba le raspan las yemas de los dedos. Sí, soy yo, se reconoce. Aún no me desvanezco. Nomás estoy cansado: he venido de muy lejos. De pronto se da cuenta de que está caminando. Gira la cabeza y ve a su espalda la piedra plana, el muro de adobes, el alero de tejas, difuminándose. No sabe en qué momento se levantó y empezó a andar. Siente los pies entumecidos, atrapados dentro de sus zapatos viejos, pero camina a buen paso. Va cuesta abajo. Voltea otra vez hacia atrás y mira cómo el camino que sigue baja de una loma. El Sol le quema el rostro, pesa en sus hombros fatigados, tatema el llano vaporizándolo en un horizonte gris. Quiere preguntarse cómo llegó ahí, pero su mente le dice que aún no llega, que, al contrario, debe llegar. ¿Adónde? Una bandada de cuervos alza el vuelo y le nubla el panorama. Pasa ante su vista el último, entonces distingue un arriero con sus burros más adelante. Debo seguirlo, se dice sin saber por qué.

En cuanto alcanza las primeras casas pierde de vista al arriero. Lo reciben el silencio y un calor que se vuelve sed desesperada. Calor sin sol y sin aire. Sin ruidos. Camina por la calle más ancha del pueblo en penumbra. Al ver las casas vacías la nostalgia lo atenaza. Sí, aquí es, se dice. Tal como lo imaginé. Intenta sonreír pero el ruido de sus pisadas se lo impide. También el rumor de un caballo que galopa en la lejanía. Luego los susurros, que están por todas partes. Parecen salir de los agujeros de las puertas. Se le meten por las orejas y se le quedan adentro, revoloteando. Le borran los recuerdos, las imágenes. Sólo el sonido de sus pies es distinto. Produce ecos y parece llamar a las sombras. Avanza unos pasos más. Al llegar a una esquina ve a una mujer. Una silueta envuelta en un rebozo que cruza la calle con un trotecillo familiar. La reconoce. La sigue. Sabe que debe seguirla siempre. Sólo así podrá aliviar un poco la sed que lo tortura. La nostalgia que lo consume.



## *La tarde de un escritor* RODRIGO HASBÚN

Luego los hijos se van a la calle o a la universidad y ella a no sé a dónde, y él vuelve a quedarse solo. Hace días tiene prohibido salir, dicen que así quieto va a recuperarse mejor. Los deja hacer y, ahora mismo, apenas se van, pone en el tocadiscos unas sonatas de Vivaldi y enciende un Delicado y se sienta en la poltrona de la sala a fumar, mirando la forma de las nubes del otro lado de la ventana. Es la hora en la que todo parecería estar en la espera de algo, y se queda dormido. Al rato aparece una mujer sin brazos, en medio de un camino pedregoso. Aunque no la conozca de ninguna parte, se alegra de verla y la abraza y ella murmulla algo sobre las nubes. Él intenta responder pero no puede, no le sale la voz. “De qué sirve ser tan buenos describiendo nuestra prisión, Juan, tú que sabes dime, de qué sirve”, dice ella. De nuevo quiere responder y, de nuevo, no puede. Un zumbido molesto empieza a oírse entonces y lo despierta. Él, todavía aletargado, busca entender dónde está y de dónde viene el zumbido ese. De la sala no, ni tampoco de ninguno de los cuartos. Se siente fantasma deambulando por ellos sin que haya nadie más en el apartamento. Quizás eso mismo sea lo que haga para siempre, deambular por esos cuartos, cuando le toque estar muerto.

Llega a la cocina y no tarda en descubrir que es el refrigerador el que produce el zumbido. Lo sacude fuerte hasta acallarlo. Después abre la puerta y aprovecha para sacar la botella de Coca Cola y llenar un vaso. Deberá decirles algo cuando vuelvan, a ella que entiende bien de las cosas de este mundo, o a sus hijos, aunque a ellos se les hayan acabado las ganas de hablar. Vuelve a la sala arrastrando los pies y se sienta de nuevo en la poltrona al lado de la ventana. El cuerpo ya no hace tanto caso. El cuerpo es unas manos que se mueven solas, una respiración como más lenta. El cuerpo es todo lo que ese cuerpo ha sido. Le da un sorbo a la Coca Cola. Ahora que tiene prohibido irse por ahí, se ha acordado de las decenas de cartas y las tres o cuatro entrevistas que se han ido acumulando. Lleva treintaitantos años respondiendo a las mismas preguntas. La persistencia de esas preguntas le resulta asombrosa, inquietante. Tanta curiosidad malsana por lo que todavía podría hacer y por lo que ya no, y la tarde que no avanza, y la mujer del sueño, y el fin de Vivaldi. Debería hacer algo con la montonera de

sobres. También necesita decidir si le alcanzan las fuerzas para aceptar la invitación a Barcelona. Enciende otro Delicado. Mientras lo fuma recuerda la vez que, en su última visita, tropezó de regreso al hotel en plenas Ramblas. Iba solo y nadie lo ayudó. Hicieron como si no hubieran visto para no humillarlo, pero eso terminó humillándolo aún más. A veces es difícil mantener el equilibrio, no dejar que el cuerpo se caiga. Porque el cuerpo siempre quiere caerse, se dice en su poltrona mientras apaga el cigarrillo y le da un último sorbo a la Coca Cola.

En ese momento regresa el zumbido. Vuelve a la cocina, mira de frente al enemigo y le da un sacudón. No basta para hacerlo callar. Intenta de nuevo, con más fuerza. El zumbido no cesa. Barcelona por una semana no estaría mal, se dice en su escritorio, donde se encierra para alejar el ruido. Tendría que disfrazarse y jugar durante un par de días, eso es todo. Luego podría pasear por la ciudad, perderse por dentro y por fuera, empezar a despedirse como si estuviera sucediendo lo que está sucediendo. Desde su escritorio ve algo más de cielo. Es cielo de invierno, estropeado, sucio. “De qué sirve ser tan buenos describiendo nuestra prisión”, sigue preguntando la mujer sin brazos, allá lejos. Podría dejar anotado el sueño pero para qué. Saca la pila de cartas y las abre y revisa por encima. En una escriben mal su nombre. Señor Ruffo, le dicen, y esa ligera variación le provoca una felicidad repentina, inusual. Sienta bien el desorden, ser otro un rato. Sonríe un poquito y hace a un lado la carta. Luego coge un papel y un bolígrafo y se pone a responder.



## *El gallero* FERNANDA MELCHOR

Ese animal, mi güero, el colorado medio cenizo, así como lo ve de sarasa y pachiche ganó doce peleas al hilo en las tapadas de la fiesta de la Virgen, hará cosa de cinco años. Así rabón y todo, como usted dice, aunque se ría: cuando peleaba con navaja de cuarto o a las puras patadas, gallo que no mataba lo sacaba rajado, y en la primera topada. Era bien bravo, el condenado animal; estaba como retacado de puro coraje, igual que el patrón. Los dos hacían muina y hasta los ojos se les ponían colorados cuando yo ponía al animal sobre la raya y el gritón lo cantaba como La Colorada y la gente pataleaba de risa. Pero por más que el patrón se empeñó no pudo hacer nada por quitarle

aquel mote, mi güero. Hasta parecía que aquello se lo gritaban a él y no al animal, así de encorajinado se ponía. Y eso que al principio no lo quería. Ni porque era de lo más fino que tenía en la gallera. Todavía se le nota en la traza, ire, aunque ya por la edad está medio derrengado. Nomás véalo. Lo cenizo lo sacó de su madre: pura sangre española de Lebrija. Era una gallinita deste tamaño pero bien atrabiliaria, bien corajuda. El padre tenía sangre oriental, asegún. El Rey David se llamaba. Era un animal espigado y cogotudo, de caña gruesa y ojos jalados patrás. El patrón lo trajo de un viaje que hizo a Manzanillo y después de toparlo decidió que lo quería pa criar. De la primera cruce de esos dos salieron nomás tres gallos, pero los tres de buena ley, que yo recuerde. El patrón siempre despreció al colorado, porque salió gallino, aunque yo le decía que no le hacía, que no importaba, que los gallinos son igual de machos que los gallos reales, y a veces hasta más bravos a pesar de su apariencia afeiminada. Mírele la boca, le decía yo al patrón, cuando venía a la gallera a ver a los animales; mírele la talla, las patotas; el otro día le puse una mona enfrente y se le echó encima con las patas por delante y la rajó toda, le dije. Pero no hubo manera de convencerlo. No lo quería ni pa pie de cría, pues, que porque decía que los gallinos son todos unos tramposos, que el que no sale juido nomás gana porque el rival lo confunde con una gallina y eso le da la ventaja. No me quiso creer que el animal era noble y aguerrido, pa nada juido, y cuando llegó la función de la Virgen quiso que nomás topáramos a los hermanos. Su predilecto era El Catrín, un gallo negro, de fina estampa y andar altivo y desafiante. No era tan alto como La Colorada, más bien ancho de hombros pero muy efectivo, poderoso, de juego rápido y cortante. El Catrín le duró al patrón sus buenas cinco peleas en las tapadas, antes de que se lo reventara un giro copetón de los Hurtado. Entonces yo volví a decirle al patrón que La Colorada estaba más que puesto pal compromiso, que nomás era cosa que él diera su viada, pero él estaba necio con que no y que no, que porque no quería que los Hurtado ni los Valera ni las demás gentes presentes se rieran de él pensando que era una polla lo que estaba echando al ruedo, igual que usted se rió cuando lo vio, mi güero, así que me dijo que amarrara al otro, al hermano, un dorado igual también medio cenizo, al que todo el mundo le decía El Chiripa, porque nomás así ganó el condenado animal ese. Era cortador, eso que ni qué, pero no tan efectivo como El Catrín, más bien medio tarugo, y su tipo de pelea era feo, deslucido. La primera vez que lo soltamos nomás vimos cómo el otro gallo se le aventó encima y el dorado quién sabe cómo dio una media maroma y le enterró el espolón en la nuca, y